

el pueblo iba profesando á los frailes Menores. Ya había sucedido negar ásperamente el Obispo de Ímola la licencia de que Francisco predicase en su obispado, licencia que luego otorgó movido de las mansas súplicas del pobre de Asís. Calculó, pues, Francisco que si á él, débil y pacífica gallina, faltaba vigor para la defensa de su Orden, urgía buscar un águila fuerte que á tanto alcanzase. ¿Y quién mejor pudiera amparar á Francisco y á su familia que aquel grande amigo suyo, el cardenal Hugolino, obispo de Ostia? Prelado era éste que por su ciencia, elocuencia y piedad merecía universal veneración; ensalzábanle todos, desde el santo Francisco, hasta Federico II, el perseguidor cismático; ponía respeto su hermosa senectud, la augusta nieve que coronaba sus sienas apacibles, en torno de las cuales veía Francisco fulgecer el cerco áureo de la tiara, cuando en tono profético encabezaba así las cartas que escribía al anciano Cardenal: « Al reverendísimo Padre y Señor Hugolino, futuro Obispo de todo el mundo y Padre de las naciones ». Cumplido veremos el vaticinio, y al purpurado de Ostia ocupando el trono de los Pontífices, y sabremos cómo exaltó á su vez al humilde que le había pronosticado la grandeza. Pasaba ya Hugolino por águila entre los individuos del Sacro Colegio, disfrutando alta fama de prudencia y sabiduría; y como tanto se mostraba prendado de Francisco, gustando de desnudarse la púrpura y vestir el sayal de los franciscanos y asistir á sus rezos y tomar parte en sus penitencias, fué solicitado para protector titulado de la Orden, y así lo otorgó la santidad de Honorio III. Ponderan Tomás de Celano y los *Tres Socios* el celo con que Hugolino desempeñó su cargo. Miró en atender á cuantas necesidades ocurriesen á la Orden; dilató su fama por apartadas regiones; escri-

bió al episcopado encomendando no se hostilizase á los frailes, antes se les recibiese y atendiese como á hijos predilectos de la Iglesia romana. Notable alivio para Francisco la cooperación generosa del príncipe Cardenal, que gestionando la parte terrestre — digámoslo así — de su instituto, dejaba al fundador desahogado y suelto para libremente discurrir en lo espiritual y divino, para vivir dentro de sí. Por consejo de Hugolino se resolvió Francisco á exponer á Honorio III ante el consistorio de Cardenales el estado de los asuntos de su Orden, á fin de captarse la benevolencia pontificia; pero sentía Francisco de sí tan bajamente, que no se tuvo por capaz de decir cosa de provecho ante aquel senado; y con este temor anduvo muy atareado concertando las partes de su oración y atildándola y estudiándola lo posible. Mas al abrir la boca halló no recordar palabra del preparado discurso, con lo cual invocó al Espíritu Santo, y espontáneamente fluyeron de sus labios las frases como arroyos de leche y miel, abundantes y dulces.

Honorio III, sucesor del glorioso Lotario, vió cuajarse de flores y frutos rojos y odoríferos el árbol de la Orden franciscana, que apenas mostraba capullos y yemas al expirar su antecesor. Dos años eran pasados desde que Honorio regía la cristiandad, cuando convocó Francisco á los frailes Menores para asistir á capítulo general, señalando para su celebración la Pentecostés del año 1219. Mientras corría la convocatoria, no interrumpió sus trabajos Francisco, y amén de varias fundaciones que datan de aquella época, entre otras la del conventillo de Grecio, teatro de tan tiernas escenas, atendió á muchos negocios de la Orden, y pasó en Perusa con el cardenal Hugolino largos coloquios y conferencias relativas al gobierno de su grey.

Llegóse el tiempo prefijado para el capítulo, y se vió descender por las laderas fértiles de Umbria, que á los blandos céfiros primaverales comenzaban á vestirse de vegetación lozana, grupos de hombres con ceniciento sayal, que sin báculo ni alforja, descalzos los pies, cantando salmos ó platicando entre sí, se dirigían hacia un punto mismo, la Porciúncula. Á 26 de mayo de 1219 estaba el vallecillo hecho humana columna, y el astro del día, al lanzar sus primeros dorados reflejos sobre la cresta de las montañas, alumbró á más de cinco mil hombres congregados á la voz de Francisco (12). Diez años hacía que en aquella iglesia de la Porciúncula oyera Francisco las palabras del Evangelio que le sugirieron la idea de su Orden.

Cuantos escritores tratan del extraordinario Congreso, se extasían advirtiendo el contraste entre los cuarteles de los ejércitos y el apacible real franciscano. Acampaban los frailes divididos en escuadrones de ciento ó de cincuenta : y siendo el sol claro y la estación ya calurosa, alzaron para cobijarse cobertizos y tinglados de estera, por donde es llamado Capítulo de las *Esteras* aquel concurso. Respiraba todo él compunción y fervor, el fervor encendido y activo que distingue á las Órdenes jóvenes : de tantos franciscanos como bajo los toldos de esparto vivían, éste regaba con lágrimas la cotidiana oración, aquél caminaba con la tortura de los cilicios encogido y temblando; acá un bello mozo meditaba en los abrasados conceptos de la teología mística; allá un viejo todo albeado de canas se dolía de la carga de los años, que le vedaba ir de misionero á remotos climas. Los expertos generales, ante todo piensan en procurar viveres y sustento á sus huestes; Francisco no cuidó de disponer ni un mendrugo de pan con que aplacar el hambre de los

cinco mil huéspedes, á quienes encargó mucho fiasen en la providencia : y acertólo, pues, conforme fué abriendo el día, y subiendo á la mitad del cielo el sol, se vieron llegar al campamento gentes de los vecinos lugares, cuál con cestos colmados de frutas tardías, cuál con jaulones de aves, cuál con el canasto en que latan entre fresca hierba los argentados peces, cuál con el odre de generoso y balsámico vino. Luego se pobló el campo de varia multitud que hacía pintoresca y gaya vista, destacándose sobre los hábitos sombríos de los frailes, ya la faldamenta de blanco lino y el jubón de verde sarga de las plebeyas, ya los ceñidos briales de escarlata golpeados de armiño, ó franjeados de oro, de las damas de alto linaje. Venían con sus tiernos hijuelos, que presentaban á los macilentos penitentes para que los bendijesen. Y los niños, risueños y animados, ofrecían á los frailes viandas, frutos, tortas y panecillos, pareciendo el cuadro uno de esos opulentos retablos de la decadencia, donde al lado de los santos graves en actitud de orar, ríen traviesos ángeles envueltos en sarmientos y racimos, en guirnaldas de pomas y flores.

Halláronse en el capítulo de las Esteras Hugolino, el protector de la Orden, y Domingo de Guzmán, el español apóstol de Provenza (13). Comenzó á advertirse en los frailes congregados cierta mortandad, que pudo originar la atmósfera un tanto palúdica de aquellos campos, ó las fatigas del viaje y escaseces del alojamiento. Temió Hugolino se declarase la epidemia, y Francisco ordenó á los capitulares irse á la mano en las penitencias, entregando los instrumentos de mortificación : orden que se cumplió, apareciendo hasta seiscientos cilicios, mallas, gruesas cadenas y rallos erizados de puas. Pronunció Hugolino un pane-

górico de la institución franciscana : y levantándose Francisco, dijo la exhortación memorable : — « Grandes cosas hemos prometido : mayores nos ofrecieron : cumplamos las unas, aspiremos á las otras. Breve es el goce, eterno el castigo, leyes los padecimientos, infinita la gloria, muchos los llamados, los elegidos pocos. Cada cual recibirá según sus merecimientos. »

Fueron varios los asuntos que en el capítulo de las Esteras se trataron. Las disposiciones adoptadas, importantes al porvenir de la Orden, son la de mentar en especial á san Pedro y á san Pablo en las oraciones *Protege nos* y *Exaudi nos*, y la de cantar todos los sábados misa solemne á honra de la Inmaculada Concepción (14). Tales acuerdos, en apariencia meramente piadosos, significaban, el primero, la perenne ortodoxia de la Orden y su adhesión á la Iglesia madre; el segundo, el criterio teológico de la Orden que atiende á la belleza no menos que á la rectitud de la Verdad soberana. También comenzó á agitarse en el capítulo de las Esteras la magna cuestión de la pobreza, destinada en lo venidero á desgarrar la Orden con hondo y sañudo cisma. Alegando especiosas razones, llegaron al cardenal Hugolino los ministros provinciales fray Elías y Juan de Eustaquia, á sugerirle la necesidad de modificar la regla en lo tocante al absoluto desasimiento de todo bien y posesión temporal. Así el ideal de Francisco, como los ideales todos, no bien roza la tierra con sus alas de luz, las ve manchadas de polvo impuro, de humana escoria. Francisco contestó al Cardenal. — « Sabe, señor, que no soy yo, sino el mismo Jesucristo, quien ha escrito la regla, y ni en un ápice puedo alterarla. » — Tomando en seguida de la mano al Protector, le guió adonde se hallaban los frailes congregados en capítulo, y habló de esta suerte : —

« Hermanos, hermanos míos, yo he sido llamado por Dios á la vía de la sencillez y humildad, á fin de que siga la locura de la Cruz. Para gloria de Él y confusión mía y paz de vuestras conciencias, os declararé que me ha dicho : — Francisco, quiero que seas en el mundo un insensatuelo, que de palabra y obra predique la locura de la Cruz; que tú y tus frailes no sigáis más que á mí; que yo sea el único modelo de vuestra vida. » — Pronunciada la arenga, salió Francisco, y vuelto Hugolino al senado exclamó : — « Bien veis cómo el Espíritu Santo habla por boca del apostólico penitente : su palabra sale como espada de dos filos, penetrando hasta el fondo del corazón : no contristéis al espíritu de Dios, no seáis ingratos á los beneficios que os dispensa : realmente está en ese pobre, por medio del cual os manifiesta las maravillas de su poder. » — Callaron todos, y por entonces quedó asentada y firme la pobreza.

Los frailes expedidos á misiones dieron quejas á Francisco de haber sido maltratados en varias partes, no sólo de las gentes, sino del clero alto y bajo que los acogía con menos cordialidad que recelo. Á fin de remediar este mal sin rencillas ni discordias, solicitó Francisco de Honorio III el breve siguiente :

« Honorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios : á los Arzobispos, Obispos, Abades, Deanes, Arcedianos y otros prelados de las iglesias : Como los amados hijos fray Francisco y los compañeros suyos de vida y religión de los frailes Menores, despreciadas las vanidades y delicias de este mundo, hayan elegido un camino de vida que aprobó dignamente la Iglesia Romana, y sembrado las semillas de la palabra de Dios, á imitación y ejemplo de los apóstoles, y viven en diversas partes y mansiones ; á todos vosotros universal-

mente rogamos y exhortamos en el Señor, mandándoos por este rescripto apostólico que á los que llevaren las presentes letras, siendo del colegio y congregación de dichos frailes, cuando llegaren á vuestros territorios, los recibáis como á católicos y fieles, y además, por reverencia de Dios y nuestra, les seáis favorables y benignos. Dado el tercero de los idus de junio, año tercero de nuestro pontificado. »

Con estas letras comendaticias dispuso Francisco dar nuevo y mayor empuje á la comenzada obra de las misiones: que no cabía ya el espíritu franciscano en los estrechos ámbitos de Italia, y pugnaba por derramarse en todo el mundo conocido. Allí, en aquel Capítulo, viendo reunido en torno suyo lo más granado de su numerosa prole, pudo discernir y señalar á los más idóneos para cada oficio. Hacíalo así investido de autoridad suprema, habiendo sido elegido unánimemente General, cosa que bien presentía él iba á suceder, cuando en el camino de Perusa á Asís dijo al fraile que le acompañaba: — « Imagínate que en este Capítulo me piden que les predique, y que después de hablar yo como pueda, con calor y lisura, soy motejado de ignorante, y por rústico me desprecian y baldonan, y que gritando: — no queremos por superior á este sandio — me arrojan del Capítulo. Pues si no permaneciere sereno é inalterable en este caso, no me tendré por fraile Menor verdadero. Ahora bien, más que á tal suceso temo yo á ensalzamientos y honores. » — Vióse harto en los primeros ejercicios de su poder la sencillez de su método y la fuerza de su voluntad. Unas cuantas palabras suyas enviaban á lejanas naciones hombres heroicos, penetrados totalmente del pensamiento franciscano. El diploma se reducía á la más breve fórmula. — « Yo, el hermano Francisco de

Asís, ministro general, te mando por obediencia á ti, hermano Añelo de Pisa, que vayas á Inglaterra á ejercer el cargo de ministro provincial. Adiós » (15). — Tres circulares completaban el lacónico mandato: era la primera para los clérigos, encomendándoles encarecidamente manejasen con respeto y guardasen con decoro la Eucaristía; la segunda se dirige á las potestades temporales, á las cuales dice: — « Considerad atentamente que la hora de la muerte se aproxima; con todo el respeto posible os ruego, no sea que con el tráfago de los negocios mundanos echéis en olvido á Dios y quebrantéis sus mandamientos, que malditos son cuantos del Señor se apartan. » — Y la circular tercera enseñaba á los superiores de la Orden que « hay cosas altas y sublimes ante Dios, tenidas quizás por los hombres en concepto de viles y abyectas; bien como otras, muy estimadas de los hombres, son á los ojos de Dios despreciables. »

Todo el tiempo que duró el capítulo no cesaron los pueblos comarcanos de acudir con manjares y socorros. Domingo de Guzmán, que al pronto temió diezmasse el hambre á aquella muchedumbre falta de todo recurso, salió, según se asegura, maravillado y ardiendo en deseos de cimentar su Orden en la misma completa pobreza evangélica. Y el anciano Hugolino, recorriendo las apretadas filas que se tendían por la llanura como copiosa mies trigal donde no asoma cizaña; viendo aquella legión resuelta, cual la chica hueste griega de Leonidas, á lidiar ella sola contra todo el universo, prorrumpió, vertiendo lágrimas de gozo, en esta frase: — « *Vere castra Dei sunt hæc.* (Éste sí que es el real de Dios.) »

NOTAS.

(1) *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar: Dico enim vobis, quia ex hoc non manducabo illud, donec impleatur in regno Dei.* (Luc., XXII, 15.)

(2) Santo Domingo de Guzmán fué natural de Caleruega, diócesis de Osma en Castilla la Vieja. Llamábanse sus hidalgos padres don Félix de Guzmán y doña Juana de Aza, venerada por santa en los altares.

(3) Lacordaire, *Historia de Santo Domingo.*

(4) « El obispo Diego y el canónigo Domingo, llegaron de Roma á Montpellier, á tiempo que los tres legados apostólicos resolvían tristemente resignar en manos del Papa su cargo de misioneros. Eran, no obstante, hombres de gran fe y espíritu: pero abandonados de todos, ni bien podían obrar por vía de autoridad, ni de persuasión. Ningún obispo de aquellas provincias viniera en juntarse con ellos para exhortar al conde Raimundo VI á recordar los gloriosos hechos de sus antecesores. Ni tuvieron mejor resultado las conferencias con los herejes, pues éstos oponían siempre la lastimosa vida del clero, repitiendo las palabras del Señor: En sus frutos los conoceréis. » (Rohrbacher, *Histoire de l'Église Catholique.*)

(5) Un día, como el Abad del Cister saliese con sus monjes, cercado de pompa, para ir al Languedoc á trabajar en la conversión de los herejes, dos castellanos que volvían de Roma, el obispo de Osma y uno de sus canónigos, el famoso santo Domingo, no vacilaron en decirle que tanto lujo y boato destruirían el efecto de sus palabras. — « Con los pies descalzos — dijeron — hay que marchar contra los hijos del

orgullo; ejemplos quieren, y no los reduciréis con frases. » — Los cistercienses se apearon de sus monturas, y siguieron á los españoles. (Michelet, *Histoire de France.*)

(6) Algunos opinan que esta proposición de santo Domingo fué hecha cuando en 1219, antes del capítulo de las Esteras, se encontraron otra vez ambos fundadores en Perusa, en casa del cardenal Hugolino. San Francisco respondió en estos términos: — « Hermano mío, es voluntad de Dios que nuestras Órdenes crezcan separadas, porque esta variedad conviene á la humana flaqueza, que por ventura habrá quien huya de la estrechez de una Orden y se conforme con la suavidad de otra. — En la misma ocasión rehusaron los dos Santos las prelaturas y dignidades eclesiásticas que Hugolino les ofrecía para sus hijos.

(7) Fr. Damián Cornejo.

(8) *Domine, vos putatis quod solummodo propter istas provincias Dominus miseret Minores; sed dico vobis in veritate, quod Dominus eos elegerit et miserit propter profectum et salutem animarum totius mundi. Et non solum in terris fidelium, sed et infidelium, et paganorum benigne recipiuntur et multas animas Deo lucrabuntur.* (Bartolomé de Pisa, citado por Chavin de Malán.)

(9) Fr. Pánfilo da Magliano, *Storia compendiosa di San Francesco.*

(10) Los mártires de Valencia fueron Juan de Perusa, presbítero, y Pedro de Sasoferrato, lego. En la sacristía del convento de San Francisco de Valencia se conservaba un cuadro, obra del famoso canónigo Victoria, discípulo de Carlo Marata, que representaba á don Vicente Belbis « llamado antes Zeit-abu-Zeit, rey árabe de Valencia, á quien su hermano Zaen, rey de Denia, despojó del trono; y él acudió á Calatayud en busca del rey don Jaime, conquistador de esta ciudad: recibió la religión cristiana y cedió este sitio, á donde estaba su palacio, para los frailes de San Francisco. » (Ponz, *Viaje de España.*)

(11) Algunos creen al beato Tomás de Celano autor también de la *Vida de Santa Clara*, por otros atribuida á san Buenaventura.

(12) Número más sorprendente si se tiene en cuenta que en los conventos quedaban muchísimos frailes por necesidad.

(13) El cronista español Cornejo se detiene en comprobar minuciosamente la exactitud de esta noticia que los historiadores modernos de san Francisco aceptan como cosa averiguada. Así también Rohrbacher en su *Historia de la Iglesia*.

(14) Asimismo se resolvió que los edificios que erigiese la Orden no pasasen nunca de muy humildes y sencillos.

(15) *Ego, frater Franciscus de Assisio, minister generalis, præcipio tibi, fratri Agnello de Pisa, per obedientiam, ut vadas ad Angliam, et ibi facias officium ministeriatus.*



CAPÍTULO VI.

PRIMER CORONA.

La sexta Cruzada. — El aviso del penitente. — San Francisco y el Sultán. — Los protomártires. — Primer corona. — Fruto de la sangre. — Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia. — Predicación. — Retiro. — Anécdota. — Visión.

.....
 Pues infinitas estrellas
 son mártires infinitos,
 como las llagas parece
 que el imperio habéis partido.

.....
 (Lope de Vega, *Romance á las
 Llagas.*)

BREVE tiempo era transcurrido desde que ceñía la tiara pontificia Honorio III, cuando recibió urgente y premiosa epístola del Gran Maestre de los Templarios, que residía en Tierra Santa. « Nunca, decía el mensaje, se encontraron más que ahora flacos y sin fuerzas los infieles: caros los víveres, menguada la cosecha, faltando las subsistencias de ultramar, y no hallándose en esta tierra ni una acémila, ni un corcel de combate. Que los cruzados vengan, pues, y traigan provisión de vi-